

Antonietta

Potente

Teóloga

independiente

Mi alma corporal es como una cierva que tiene sed

El desde dónde de mi sentir pensante

“Y por un leve, fácilmente invertido instante, el encuentro se verifica; sería cosa de llamarlo revelación, por mínimamente que sea, chispa encendida de la revelación que todo ser escondido apetece”.¹

Hay muchos bosques en la vida; muchos instantes en los que el encuentro se verifica. Muchas revelaciones y muchos encantos y, cuando no están, “todo ser escondido apetece”. Es una sed que llevamos dentro, no conocemos su origen mas sentimos solo su infinita existencia.

La filosofía buscó sus nombres; la teología quiso tener para sí el Misterio y el psicoanálisis nos metió en un eterno retorno sin salida. Ella, la naturaleza, queda ahí, deshabitada por un lado y ocupada y despojada por otro. Algunos pueblos guardan ancestrales secretos para no separarse de Ella; resisten para no venderla, intentan cuidarla y, sobre todo, la reconocen y la atienden como su madre primordial. Otros, sin embargo, saben de Ella más que Ella misma; dicen conocer sus secretos; saben cómo manipularla para que siga el ritmo del desarrollo. La arqueología y el arte y la narración de madre a hija nos dicen que la mujer y la naturaleza nacieron en gran simbiosis. Las dos saben de ser origen; las dos saben de parir, hacer nacer. Ser origen y engendrar es propio de quien es *arqué* -principio- originaria y, por tanto, de la Divina que aletea antes del ritmo del tiempo dictado por los hombres entre trabajo, capital y producción. Producir no es igual que hacer nacer y cuidar del nacimiento. En este sentido tenía razón Simone de Beauvoir cuando decía que “el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar la vida, no al darla: por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra”.² Para los mundos patriarcales que se han deslizado por todos los tiempos bajo diferentes disfraces ideológicos y teóricos, la guerra y entonces la muerte es la madre

de todo y el progreso: es lucha y sacrificio. La teología, propiedad de las iglesias cristianas, a través de su progresiva colonización de los pueblos, ha reforzado esta convención, llevando la atención hacia el más allá como lugar de la inmortalidad y distrayéndonos así del amor a la vida. Son estas premisas lo que ha reforzado las ideas, todavía actuales, de que la naturaleza no puede nada sin los seres humanos y que se salva solo por la fuerza y la ascesis humana que, mientras se redime a sí misma, salva también a toda la naturaleza, como si la naturaleza y la complejidad del tejido medioambiental fuesen solo y eternamente un objeto en nuestras manos. Durante muchos años he sentido que esta propuesta sintetizada en el lema: “salvaguada de la creación”, sentaba muy mal a mis oídos y a mi sentir. ¿Cómo puede la mentalidad patriarcal salvar el mundo? ¿Cómo pueden los seres humanos ser ejemplo para la naturaleza? El medioambiente es un espacio de infinitos sujetos, visibles e invisibles, imaginables o inimaginables. Ella en todo su desordenado conjunto está ahí y está ahí antes que nosotras. A lo largo de la historia alguien ha intentado concluirlo todo dándole a la naturaleza un nuevo nombre: ecosistema. Sin darse cuenta de que no puede ser un sistema, porque la naturaleza es anárquica, no se puede prever, y está siempre un poco despeinada como nuestros cabellos al despertarnos. No porque no tenga leyes y no conozca armonía, más bien porque tiene sus leyes y conoce su armonía y nadie conoce su principio. Tiene su irresistible belleza y la llevamos dentro mucho más de lo que podemos imaginar; sufrimos y gozamos como Ella sufre y goza y ella sufre y goza con nosotras.³

Experiencia de lo sobrenatural

Desde mi infancia, cuando mis huesos y mis nervios y mis venas aún no estaban consolidados, siempre y hasta el tiempo presente -contando ya más de setenta años- he gozado en mi alma con el don de esta visión. En ella mi espíritu, por

la voluntad de Dios, asciende hacia lo alto del firmamento y hacia diversas corrientes de aire y se extiende a través de pueblos diferentes, aunque se encuentren en regiones lejanas y en lugares para mí remotos. Y porque veo estas cosas de esta manera, por eso también las percibo según el movimiento de las nubes y de otras criaturas. (...)⁴

La experiencia de lo sobrenatural en nuestra vida pasa por el alma corporal y su sentir. La experiencia de Hildegarda de Bingen lo desvela: “porque veo estas cosas de esta manera, por eso también las percibo según el movimiento de las nubes y de otras criaturas”. La vida es sobrenatural; todo lo que está en ella, todo lo que ella contiene: la vida es misterio. En un frío atardecer en Ravena, estaba sentada en el mausoleo de Gala Placidia, emperatriz del imperio romano de Occidente que vivió entre los siglos IV y V. Una nube de colores me envolvía toda. Se trataba de los colores de los mosaicos que rellenan aquel espacio. Nada era uniforme ni en contraste; cada tesela ofrecía su matiz, y el conjunto era armonía entre las líneas rectas y verticales de los muros y las curvas de la bóveda. El color que daba el tono a aquel movimiento era un profundo azul oscuro. Me parecía estar arropada por el cielo y las 570 estrellas doradas, todas en círculos concéntricos en un juego de perspectiva entre las más cercanas y las más lejanas. Una espiral me tenía encantada. Y luego margaritas, rosas de color celeste, rojo y dorado. Y más: guirnalda de hojas y grecas de diferentes colores. Lo que me impactó más fueron las dos ciervas que sobresalen de un enredo de hojas, para beber en una fuente. El agua azul parecía quitarles la sed. También dos palomas blancas parecían tener el mismo deseo: beber, quitarse la sed, apoyadas en el borde de una fuente. ¿Había seres humanos? Sí, con vestimentas blancas. Después de un largo rato me fui del lugar con la sensación de haber salido de un espacio muy querido y familiar, como haber salido del cosmos. La ciudad estaba envuelta en húmeda neblina. No se veían las estrellas que estaban

escondidas por las luces, muchas luces de las tiendas que pregonaban sin necesidad de profetisas, la navidad. Por la noche el encanto siguió: tenía en los ojos las dos ciervas sedientas y todo era azul, celeste y verde. Aquel lugar me representaba algo, aquellos mosaicos parecían una llamada para mi alma corporal. Aquel simbólico no me hablaba solo de la historia y de la antigua arquitectura cristiana, más bien de un lugar entre el aquí y el más allá; sin embargo, no se trataba de dos espacios distintos ni de dos tiempos. Aquí, entre animales, estrellas, aguas y plantas, se percibe que todo es sobrenatural. O, mejor dicho, que lo natural está lleno de infinitud; otro reino -escribía María Zambrano- en *Claros del bosque*. Entre la noche y el día descubrí que mi alma corporal llevaba en sí ese inmenso espacio habitado. Me sentía representada por las dos ciervas que tomaban aguas de manantial.

Las ciervas, en el mensaje sapiencial de la tradición judeocristiana, encarnan un simbólico muy antiguo que se refiere al alma corporal. Su prudencia y presteza; su rapidez en aparecer y desaparecer, unen estos animales con el principio alquímico femenino mercurial, también llamado mercurio filosfal. Una substancia misteriosa y transformadora. La cierva es también símbolo de los senderos de la iniciación y peregrinación de nuestra existencia. Movimiento constante, ir y venir, elegancia y dulzura. En la tradición judía el alma es *nefesh*, alma viviente, garganta aliento y es en un canto lleno de añoranza que se encuentra en esta comparación: “como anhela la cierva estar junto al arroyo, así mi alma desea estar contigo” (cfr. Sl 42,2). En las vívidas metáforas de estas antiguas escrituras, se utiliza la imagen de la amable y graciosa cierva. (Pr 5,18-19; Ct 7): “Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, Por los corzos y por las ciervas del campo, Que no despertéis ni hagáis velar al amor, Hasta que quiera” (Ct 3,5). En algunos textos se habla de la velocidad de la cierva y de su estabilidad, gracias a lo cual puede escapar de sus enemigos. (2 Sm 22,1-34; Sl 18,32-33). Así como en la tradición de

la mística musulmana en que poetisas y poetas alaban la primavera, las fiestas y el vino y lloran la ausencia de quienes aman. El jardín se compara con la seda y un estanque de agua con el espejo. En vez de la cierva está la gacela o el antílope que representa a quien camina en la vía mística, es decir, a quien sabe de amor. Para el alma corporal es bello ser semejante a la cierva, porque significa saber correr muy veloz pero también saber asentarse bien en el terreno. Sin embargo, para mí esta no fue solo experiencia de lo simbólico de la tradición a la que pertenezco, más bien experiencia del sentir. Es mi sentir, sentir en los días que transcurren; sentir en la vida, sentir en mi historia personal. Sentir goce y ausencia cuando percibo que falta el goce común entre todos los seres vivos. Es mi sed y es parecida a la de tantas ciervas sedientas. La cierva del canto de la tradición judeocristiana no es entonces simplemente metáfora de mi alma; es que mi alma siente lo mismo que siente la cierva. No es simbólico y teórico, sino un sentir práctico de los sentidos del alma corporal que vive las situaciones contemporáneas y vive la naturaleza. Siente sed como millones de animales y personas, plantas y minerales en la tierra, que sufren la sequía, las guerras o solo la lejanía del amor. Yo y la cierva sentimos lo mismo y aún más: mi alma corporal con sus órganos sutiles como se le llama en la tradición sufi, siente lo mismo. Es participación de mi cuerpo en aquel cuerpo más grande hecho de ciervas, gacelas, antílopes, águilas, cóndores y búhos y miles de otros seres del universo. Todo esto lo aprendí en mi caminar y escudriñando aquella tradición sapiencial y sabía que casi siempre queda escondida por la tradición patriarcal, moralista y legislativa.

Quizás ya lo sabía, aunque no nació en un paisaje de ciervas; el Misterio se me había desvelado poco a poco. Mis raíces no estaban afianzadas en la tierra, más bien en la mar. Así que en el mausoleo reconocí aquel azul celeste porque nació y creció a pocos metros de la mar y la mar me lo enseñó. La playa era mi segunda casa, en el verano con

sus secretos placeres y en los inviernos como misterio intangible, que podía recorrer solo con la mirada desde la terraza de mi cuarto, o acariciar con los ojos, paseando paralelamente a su extensión. Su ritmo me acompañó por muchos años de día y de noche. Una sucesión ordenada con sus frecuencias, que van de acuerdo con los vientos y sus corrientes interiores. Todo en ella era muy familiar para mí, aunque siempre le guardé mucho respeto como si fuese semblante de la Eterna. Cuando el viento trasplantó mis raíces a la tierra, ya era adulta. Viví largos años en un país sin mar y tuve que descubrir que los semblantes del Misterio, en aquel pueblo perdido entre valles y cordilleras, se desvelaban todos los días al salir el sol. Al sol, desde los siglos más lejanos, aquel pueblo había dedicado una puerta y lo mismo hizo con la luna.⁵ Como para decir que el infinito entra a través de la puerta que nosotras tenemos que dejar abierta y también que el mundo necesita siempre alumbramientos, de día y de noche sin más. Así lentamente he aprendido a ser parte de aquel Misterio sabiendo que soy parte del universo. La naturaleza me ayuda a hacer memoria de esto; la naturaleza, con su belleza y también con su desfiguración que lo humano es capaz de provocar. Lo que no sabía es que mi ser en mi alma corporal tiene algo en común con una cierva sedienta, pero también con una cierva que corre y se mueve libre y al mismo tiempo atenta. Me fascina saber que tengo algo en común con la naturaleza y todos sus seres vivos; me fascina que estoy hecha de agua y de minerales, mi sangre es como la linfa de las plantas y que en la vida -ellas y yo- tenemos que hacer fotosíntesis y necesitamos del sol y de la luna y del agua de las lluvias, y que ambas comunicamos con la hondura de la tierra y sin esta nos morimos.

Solo así puedo sentir goce y también dolor que la naturaleza vive. Solo así mi sentir es como el sentir de las plantas, de los pájaros en el cielo o de los peces en la mar. Solo así su sed es mi sed y la de millones de personas que por las guerras sufren la sequía. Mientras algunos despilfarran agua, comida, tierras, madera.

El oído interior. Como si se pudiera concluir

“Chi trasale a quell’esile trafittura conosce la contemplazione dell’udito.”⁶

No amo concluir, ni libros ni artículos. No solo porque mi escritura es imprecisa y mi vida en constaste búsqueda, sino sobre todo porque este tema es nuestra vida misma. Y no solo con plantas, animales, tierra y aguas dulces y saladas sino también con las estrellas grandes y pequeñas y todos sus misterios; los agujeros negros y la materia oscura. La naturaleza hay que escucharla: es un “cantar remoto” diría Cristina Campo, pide una postura que no sea arrogante como la que desde hace siglos adoptaron todos los que siguen la vía del patriarcado. La naturaleza es la preciosa interlocutora de nuestras vidas y también del feminismo de la diferencia. Si uno de los tantos aspectos propios del feminismo –como dice muchas veces Chiara Zamboni– es que una mujer no habla nunca por otra, entonces se entiende por qué el feminismo debe mantener esta misma actitud con la naturaleza. La naturaleza es nuestra compañera y nos desvela esos caminos secretos que ni el movimiento ecologista puede descubrir. Quien traspasa ese delgado trefilado conoce la contemplación del oído, decía Cristina Campo y esto significa que nuestra visión es primariamente una escucha. A la naturaleza se le reconoce su venir del más allá, su venir divino y por tanto misterioso. De ella se aprende a moverse en el universo y con ella la tierra y el cielo no son dos espacios separados, sino dos espacios íntimamente unidos. El gozo del universo estrellado es el gozo de la tierra, sus plantas y animales, y deberían ser los nuestros y también al revés. El sentir gozo o dolor de la tierra y cada ser viviente hace vibrar de placer hasta a las estrellas y los planetas. A la naturaleza hay que reconocerle su sabiduría, y su ser fuente inspiradora y por eso es sobrenatural. Todo nuestro estremecimiento ante ella, no es como muchos dicen según su filosofía y teología patriarcal, nostalgia de lo perdido o nostalgia paradisiaca, es decir, de un lugar que estaba antes y que

nos hospedaba. Yo no lo creo, más bien sigo pensando que no se trata de volver al estado paradisiaco, más bien a lo que nunca hemos conocido, que es una nueva relación. No hemos perdido nada: añorar es sentir divino y se añora imaginando: si vemos algo de este camino es porque a ella la escuchamos y si algo oímos, es porque hemos sabido mirarla.

Fecha de recepción: 13 de enero de 2022.

Aceptación: 25 de febrero de 2022.

Palabras clave: Alma corporal - Sed - Naturaleza - Experiencia - Oído interior.

Keywords: Bodily soul - Thirst - Nature - Experience - Inner hearing

notas:

¹ María Zambrano, *Claros del bosque*, ed. de Mercedes Gómez Blesa, Madrid: Cátedra, 2011, p. 140.

² Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Buenos Aires: Siglo XX, 1972, I, p. 90.

³ Antonietta Potente, *Il miele e l'amaro. Lettura mistico sapienziale dell'Apocalisse*, Milán: Paoline, 2021, p. 168.

⁴ Carta 103r -Primera carta de Hildegarda de Bingen a Guiberto de Gembloux-, pp. 261-62. En Hildegardis Bingensis, *Epistolarium*. Turnhout: Brepolsm, 1993; (“Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis” 91a). Citado en español en: Azucena Adelina Fraboschi, *El hombre y su caída original en dos visiones de Santa Hildegarda de Bingen* en <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/donna/teologia/espanol/El%20hombre%20y%20su%20ca%C3%ADDa%20original%20visiones%20Hildegarda.pdf>.

⁵ Me refiero a la Puerta del Sol y la Puerta de la Luna en los restos arqueológico de Tiahuanaco en Bolivia.

⁶ Cristina Campo, *Gli Imperdonabili*, Milán: Adelphi, 1987, p. 136; (“La flauta y la alfombra”, en *Los imperdonables*, Madrid: Siruela, 2020).